

Resumen del curso de ‘El hombre y su destino’ del Profesor Antonio Oliver

Sobre el autor

Antonio Oliver Monserrat nació el 29 de mayo de 1926 en Vilafranca de Bonany (Mallorca), una tierra que siempre permaneció unida a su identidad. Falleció el 9 de enero de 1994 a causa de un paro cardíaco, dejando un legado intelectual y espiritual que continúa inspirando a miles de personas.

Sacerdote teatino, historiador, filósofo, humanista y extraordinario comunicador, Antonio Oliver fue una de las figuras más brillantes del pensamiento español de la segunda mitad del siglo XX. Ingresó muy joven en la Orden de Clérigos Regulares (Teatinos), donde profesó sus votos religiosos en 1943 y fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de marzo de 1950.

Su insaciable vocación por el conocimiento le llevó a desarrollar una sólida formación académica internacional. Se licenció en 1952 en Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma obteniendo el doctorado dos años más tarde. Diplomado en Biblioteconomía y Archivística por la Escuela Vaticana, amplió estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Friburgo. Durante cinco años fue alumno del filósofo Martin Heidegger, una experiencia que marcaría profundamente su forma de comprender al ser humano, la cultura y la trascendencia.

Especialista de referencia en la figura de Ramón Llull, fue profesor de la Maioricensis Schola Lullística, colaboró en la edición crítica de las obras latinas del pensador mallorquín en la Universidad de Friburgo y formó parte del Consejo Rector del Estudio General Luliano de Palma. Su actividad docente se extendió también a la Universidad Autónoma de Madrid donde impartió el curso de Humanidades Contemporáneas y a la Universidad Pontificia de Comillas, donde impartió Historia del Pensamiento.

Sin embargo, quienes lo conocieron coinciden en que su mayor talento no residía únicamente en su extraordinaria erudición, sino en su capacidad para hacer accesibles las grandes preguntas de la existencia. Orador excepcional, poseía un don poco común para comunicar ideas complejas con claridad, profundidad y belleza. A partir de 1981 impartió numerosos cursos y seminarios sobre humanidades, antropología, mitología y pensamiento, convirtiéndose en un maestro admirado por generaciones de alumnos.

Sus conferencias trascendían el ámbito académico y trataban en profundidad al hombre y a Dios, focalizándose en el sentido de la vida, del mito, de la libertad y de la condición humana. Quienes asistían a sus clases recuerdan auditorios siempre llenos y un silencio absoluto ante una palabra capaz de despertar asombro, reflexión y esperanza. Décadas después de su

fallecimiento, muchas de aquellas enseñanzas siguen escuchándose y continúan encontrando nuevos oyentes, prueba de la vigencia de un pensamiento que nunca perdió actualidad.

A lo largo de su vida desempeñó importantes responsabilidades dentro de la Orden Teatina, entre ellas las de Prefecto de Estudiantes, Superior del Seminario Teatino de Son Espanyolet, Director del Colegio de San Cayetano y Vicario Provincial, combinando siempre el servicio pastoral con una intensa actividad intelectual.

Fue también una referencia imprescindible para los estudios sobre Ramón Llull, la historia de la Iglesia y el pensamiento medieval, con numerosas publicaciones que siguen siendo objeto de consulta por investigadores y especialistas.

Como reconocimiento a una trayectoria dedicada al conocimiento, la enseñanza y el servicio, fue nombrado Hijo Ilustre de Vilafranca de Bonany tras su fallecimiento. Hoy una calle de Palma de Mallorca lleva su nombre, recordando a quien hizo del pensamiento una forma de iluminar la vida de los demás.

Antonio Oliver Monserrat fue siempre reconocido por sus alumnos como un maestro sabio y humilde cuya influencia no termina con su tiempo. Su voz continúa resonando porque supo responder, con inteligencia, sensibilidad y una profunda humanidad, a las preguntas que siguen acompañando al ser humano generación tras generación.

Índice

Los pies del mensajero	5
La creación y la historia	8
Convertirse como liberación	11
La solución en manos del hombre	15
La creación de parto	19
De que Dios hablamos	23
De Dios no conocemos el ser	27
Dios que se da es Amor	31
La vivencia de Dios	35
El espectáculo de la creación y de la historia	38

Sobre este resumen

Este documento trata de resumir el curso sobre 'El hombre y su destino' que el P. Antonio Oliver impartió en Madrid en 1991.

El curso tiene una duración de más de 10 horas que han sido transcritas y luego resumidas, mediante el uso de inteligencia artificial, para poder condensar en un discreto resumen las principales ideas que el autor trata de transmitir.

La fuerza de la palabra de Oliver es imposible de plasmar en un documento resumido, sin embargo es posiblemente una buena puerta de entrada para que si el lector encuentra resonancia en sus ideas pueda dirigirse a los audios completos que se encuentran disponibles de manera gratuita.

Los pies del mensajero

El futuro no debe entenderse como una realidad completamente desconocida que llega desde fuera del hombre, sino como la dimensión más profunda de su propio ser. Todo cuanto el hombre espera ya habita en su interior como una posibilidad que busca realizarse. La existencia no consiste en acumular bienes, conocimientos o experiencias externas, sino en despertar progresivamente a esa riqueza interior que constituye la auténtica identidad de cada persona. El hombre es mucho más aquello que está llamado a ser que aquello que ya es, por lo que su verdadera explicación se encuentra siempre en el futuro hacia el que camina y no únicamente en el pasado que ha recibido.

La creación, la historia y la vida humana poseen una estructura dinámica orientada hacia una meta. La creación constituye el comienzo, la recreación representa el proceso mediante el cual el hombre transforma el mundo recibido y la culminación expresa la plenitud hacia la que todo está dirigido. Estas tres dimensiones no pueden separarse porque cada una encuentra su sentido en la siguiente. La creación existe para ser recreada y la recreación sólo tiene significado porque está llamada a culminar. La finalidad no aparece al final como un añadido, sino que actúa desde el principio impulsando todo el proceso. El futuro es la fuerza interior que mantiene viva la creación y orienta constantemente la historia hacia su realización.

Esta idea puede comprenderse mediante la noción clásica de causa final. Las cosas no existen únicamente porque alguien las haya producido, sino porque están destinadas a cumplir una finalidad. Del mismo modo que una casa se construye porque alguien desea habitarla, la creación existe porque está orientada hacia una plenitud. La meta futura explica el sentido del presente. La causa final resulta más profunda que la causa eficiente, ya que aquello que se alcanzará al término del camino es precisamente lo que hace posible que el camino exista desde el principio. La finalidad atrae y sostiene el movimiento de toda la realidad.

La recreación expresa la participación activa del hombre en ese proceso. El mundo no está terminado, sino entregado a la libertad humana para que continúe desarrollándolo. La cultura, la ciencia, el arte, la política o la religión son manifestaciones de esa recreación permanente mediante la cual el hombre transforma la creación recibida. Recrear significa colaborar con la obra creadora y descubrir que la historia no es un mecanismo cerrado, sino un espacio abierto donde el ser humano participa responsablemente en la construcción del futuro.

La culminación constituye el horizonte hacia el que se dirige toda la existencia. Si esa plenitud no existiera, tampoco tendrían sentido la creación ni la recreación. El futuro no es simplemente aquello que sucederá algún día, sino la fuerza interior que impulsa el presente. La salvación no aparece únicamente al final de la historia, sino que actúa ya desde el interior de la creación como el principio que la sostiene y la hace avanzar. La creación lleva en sí misma la orientación hacia su propia plenitud.

Por ello el hombre no debe contemplar el futuro con temor. El miedo nace cuando se pierde de vista el sentido profundo de la creación o cuando la recreación se desvía de su finalidad. El futuro no amenaza al hombre, sino que constituye aquello para lo que ha sido creado. La salvación no es una posibilidad incierta situada al final de la existencia, sino la realidad que ya trabaja silenciosamente en el interior de toda vida humana. Preguntarse si la salvación será verdadera sólo es posible porque esa misma salvación sostiene ya la existencia desde dentro.

Esta dinámica puede comprenderse también mediante el símbolo del círculo. Todo procede de un origen y todo vuelve hacia ese mismo origen después de un proceso de crecimiento. El punto de partida y el punto de llegada coinciden. La creación nace del infinito, se despliega en una multitud de realidades finitas y regresa finalmente al infinito enriquecida por toda la historia recorrida. Alfa y Omega representan así dos aspectos de una misma realidad, el principio y el final unidos por un único movimiento de plenitud.

La historia humana participa igualmente de esta estructura. Cada época recibe una herencia del pasado, la transforma y la transmite a las generaciones siguientes. Ninguna cultura puede conservar indefinidamente toda la riqueza que produce. Cuando alcanza su máxima expansión termina agotándose, pero antes condensa sus logros esenciales y los entrega a una nueva etapa histórica. Así ocurrió con el mundo clásico transmitido a través de los pueblos llamados bárbaros y así sucede continuamente en la historia. Las culturas mueren, pero la humanidad conserva lo mejor de cada una para incorporarlo a nuevas formas de civilización.

El mito del diluvio universal expresa simbólicamente este proceso. Las aguas representan una purificación que pone fin a una humanidad envejecida, pero nunca significan la destrucción absoluta. Siempre permanece un resto que garantiza la continuidad de la historia. La figura de Noé simboliza precisamente la transmisión de lo esencial desde un mundo que desaparece hacia otro que comienza. El pasado no se elimina completamente, sino que se transforma y se integra en una etapa nueva. La renovación no consiste en empezar desde cero, sino en conservar lo mejor de la experiencia anterior y hacerlo fecundo para el futuro.

La situación contemporánea puede interpretarse desde esta misma perspectiva. El final de una época provoca inevitablemente incertidumbre y nostalgia porque desaparecen formas de vida que han modelado durante siglos la existencia de las personas. Sin embargo, permanecer aferrado al pasado impide responder a la vocación propia del hombre. Toda generación está llamada a aceptar el desafío de construir un futuro nuevo a partir de la herencia recibida. La aventura forma parte esencial de la condición humana porque el hombre sólo se realiza plenamente cuando se abre a aquello que todavía no existe.

El futuro aparece así como una tarea y no simplemente como un acontecimiento. La esperanza no consiste en esperar pasivamente lo que vendrá, sino en colaborar activamente con la realización de aquello que ya está presente como posibilidad en el interior del hombre. El verdadero patrimonio de la humanidad no es únicamente lo recibido del pasado, sino la capacidad permanente de transformar ese legado y proyectarlo hacia formas nuevas de vida.

Desde la perspectiva cristiana esta esperanza encuentra su fundamento en la figura de Cristo. La resurrección representa la culminación de ese proceso hacia el que toda la creación estaba orientada desde el principio. Lo que en Cristo aparece plenamente realizado constituye la promesa y el destino de toda la humanidad. La plenitud no pertenece únicamente al futuro lejano, sino que comienza ya a hacerse presente en la vida de quienes participan de ese mismo dinamismo creador.

La existencia humana puede entenderse finalmente como el lugar donde lo infinito comienza a abrirse camino dentro de lo finito. El hombre no está llamado simplemente a conservar lo que ha recibido, sino a participar en un movimiento continuo de creación, recreación y culminación. Toda la realidad avanza impulsada por una fuerza interior que la conduce hacia su plenitud definitiva. Esa fuerza es el amor, origen de la creación, fundamento de la recreación y meta de la culminación. Cuando el hombre descubre que el amor constituye el sentido último de toda la realidad, desaparece el temor al futuro y surge la certeza de que la existencia camina hacia una plenitud que ya está presente, aunque todavía no haya alcanzado su manifestación definitiva.

La creación y la historia

El punto de partida para comprender la creación consiste en reconocer que Dios sólo puede ser conocido en la medida en que se da. Todo lo que el hombre imagine acerca de Dios fuera de esa experiencia pertenece al ámbito de la especulación y no puede afirmarse con certeza. Dios permanece inefable y toda auténtica experiencia de Él deja al hombre sin palabras. Por eso la creación constituye la primera y fundamental manifestación de Dios. No es algo separado de Él, sino el modo en que Dios se comunica y se entrega continuamente al mundo. La creación es, por tanto, el despliegue visible del amor divino y el único camino seguro para conocer a Dios.

Dios no se manifiesta de una sola vez ni de forma absoluta, porque el hombre sería incapaz de soportar la plenitud de esa revelación. Se da progresivamente, a través de la inmensa diversidad de la creación. Cada ser, cada acontecimiento y cada instante de la historia constituyen una irradiación de ese don permanente. La naturaleza, el ser humano, la amistad, la belleza, la historia o la esperanza son expresiones distintas de una misma realidad. La multiplicidad de la creación no rompe la unidad de Dios, sino que permite que el hombre pueda acercarse poco a poco al misterio divino.

Esta comprensión transforma radicalmente la imagen de Dios. Sólo puede afirmarse con seguridad aquello que responde al modo en que Dios se manifiesta, es decir, como amor que se entrega. Toda representación de un Dios egoísta, cruel o arbitrario contradice esa revelación fundamental. Si Dios es amor, toda su actuación debe entenderse desde esa lógica. Incluso aquellas realidades que el hombre no alcanza a comprender no pueden interpretarse como negación del amor, sino como aspectos todavía no plenamente comprendidos del mismo misterio. La creación entera testimonia continuamente que Dios no conserva nada para sí, sino que vive en un acto permanente de entrega.

El hombre, sin embargo, no percibe directamente la unidad de la creación. Su inteligencia necesita dividir la realidad para comprenderla. Todo aparece estructurado en pares opuestos que forman una tensión permanente. Vida y muerte, luz y oscuridad, masculino y femenino, derecha e izquierda, alegría y sufrimiento, cielo y tierra. El pensamiento humano funciona necesariamente mediante estas polaridades. No significa que la realidad sea dual en sí misma, sino que el hombre sólo puede acceder a ella distinguiendo elementos complementarios que después debe aprender a reconciliar.

El error aparece cuando una de esas dimensiones pretende imponerse sobre la otra. Cada vez que el hombre absolutiza uno de los polos rompe el equilibrio de la creación. No existe verdadera vida sin muerte, ni auténtica alegría sin sufrimiento, ni humanidad completa reducida exclusivamente a lo masculino o a lo femenino. La plenitud surge únicamente cuando ambos elementos permanecen en tensión fecunda. La realidad no se construye eliminando uno de los contrarios, sino manteniendo el equilibrio entre ellos.

Los antiguos griegos expresaron esta idea mediante el concepto de símbolo. El símbolo estaba formado por dos mitades que únicamente adquirirían sentido cuando volvían a unirse. Separadas carecían de significado; juntas revelaban una identidad completa. La creación posee exactamente esa estructura simbólica. Cada aspecto de la realidad remite siempre a otro que lo complementa y sólo ambos permiten comprender el conjunto. Vivir consiste en aprender continuamente a reunir lo que aparece separado.

El concepto contrario es el de lo diabólico. Mientras el símbolo une, el diablo separa. La actitud diabólica consiste en convertir una mitad en el todo y eliminar aquello que la completa. Toda forma de fanatismo responde a esta lógica. Cuando una ideología pretende poseer por sí sola toda la verdad, cuando una cultura desprecia a las demás o cuando una persona absolutiza únicamente su propia visión del mundo, rompe el carácter simbólico de la realidad y destruye el equilibrio que hace posible la vida.

Esta estructura simbólica puede observarse también en la historia. Ninguna idea humana alcanza plenamente su objetivo por sí sola. Toda verdad necesita encontrar su contrapeso para desarrollarse correctamente. Las dificultades, la oposición o incluso el fracaso no constituyen únicamente obstáculos, sino elementos necesarios para el crecimiento. Del mismo modo que la semilla necesita enterrarse para dar fruto, también toda auténtica realización humana exige atravesar la tensión con aquello que parece contradecirla.

La misma lógica aparece en la figura de Cristo. La tradición cristiana afirma que en Él coinciden plenamente Dios y el hombre. No se trata de dos realidades yuxtapuestas, sino de una única persona en la que ambas naturalezas alcanzan un equilibrio perfecto. Cristo no es simplemente Dios disfrazado de hombre ni un hombre absorbido por la divinidad. Es plenamente Dios y plenamente hombre al mismo tiempo. Precisamente por ello constituye el símbolo definitivo, el lugar donde desaparece toda separación entre lo divino y lo humano.

Durante siglos el cristianismo ha tendido a subrayar más la divinidad de Cristo que su auténtica humanidad. Sin embargo, si Cristo no hubiera compartido verdaderamente la condición humana,

tampoco podría revelar plenamente el sentido de la existencia. Necesitó aprender, crecer, sufrir, experimentar la incertidumbre y recorrer el mismo camino que cualquier persona. Su humanidad no disminuye su divinidad, sino que manifiesta precisamente la forma en que Dios decide darse al mundo.

Los descubrimientos arqueológicos de Qumrán han permitido comprender mejor este contexto histórico. La comunidad instalada junto al mar Muerto esperaba activamente la llegada del Mesías y desarrolló una intensa vida espiritual basada en la purificación, la espera y el estudio de las Escrituras. La figura de Juan el Bautista aparece estrechamente vinculada a ese ambiente, y el bautismo adquiere así un significado nuevo como preparación para la venida del Mesías. Todo ello ayuda a comprender que la vida de Cristo se desarrolla dentro de una historia concreta y no al margen de la experiencia humana.

La creación puede leerse, por tanto, como un inmenso lenguaje simbólico que conduce continuamente hacia Dios. Nada existe de manera aislada ni posee significado por sí solo. Cada realidad remite siempre a otra superior y encuentra su sentido únicamente dentro del conjunto. El hombre constituye el lugar donde toda la creación toma conciencia de sí misma. En él confluyen la naturaleza, la historia, la libertad y el deseo de infinito. Toda la creación espera ser comprendida, amada e interpretada en la inteligencia y en el corazón humanos.

Esta lectura exige abandonar cualquier visión simplista de la realidad. El bien no consiste en eliminar el sufrimiento, la muerte o la dificultad, sino en descubrir el sentido que adquieren cuando permanecen unidos a sus contrarios. La felicidad no nace de suprimir toda pena, sino del equilibrio entre ambas. La vida sólo alcanza su plenitud cuando acepta la muerte como parte de su propio desarrollo. Del mismo modo, la libertad no consiste en destruir al adversario, sino en integrar las diferencias dentro de una unidad superior.

La historia humana aparece así como un aprendizaje permanente para transformar la separación en comunión. Toda cultura, toda relación y toda experiencia ofrecen al hombre la oportunidad de simbolizar, es decir, de reunir aquello que parecía dividido. Cada vez que logra hacerlo, la creación se hace más transparente y permite reconocer con mayor claridad el amor de Dios que continuamente se derrama sobre el mundo. El sentido último de la existencia consiste precisamente en recorrer ese camino de reconciliación hasta alcanzar la unidad definitiva, donde toda la creación encontrará su plena realización en aquel de quien procede y hacia quien todo se dirige.

Convertirse como liberación

El hombre vive impulsado por una tensión permanente entre el pasado que ha recibido y el futuro que está llamado a construir. Todo cuanto la historia, la naturaleza y la humanidad han acumulado a lo largo de millones de años desemboca en cada persona como una inmensa herencia. Sin embargo, esa riqueza no ha sido entregada para ser conservada pasivamente, sino para convertirse en la fuerza que impulse nuevas posibilidades. El pasado no constituye un lugar donde instalarse, sino el punto de apoyo desde el que abrir caminos inéditos. Cuando el hombre convierte la herencia recibida en un refugio seguro, detiene el movimiento mismo de la creación y transforma la vida en una realidad inmóvil.

El miedo representa la primera gran tentación que amenaza este dinamismo. El ser humano busca continuamente seguridades que le permitan protegerse de la incertidumbre del futuro. La ley, las normas, las instituciones o las costumbres proporcionan una sensación de estabilidad que resulta tranquilizadora. Sin embargo, la seguridad absoluta termina convirtiéndose en una forma de esclavitud. La ley desempeña una función necesaria mientras el hombre aprende a caminar, pero no constituye el destino definitivo de la libertad. Permanecer siempre bajo la ley equivale a vivir con el yugo propio del animal domesticado, incapaz de asumir la responsabilidad de construir su propio camino.

La verdadera libertad comienza cuando el hombre es capaz de ir más allá de esas seguridades. No recibe un itinerario perfectamente trazado, sino que debe abrir personalmente el camino. Esa ausencia de garantías provoca inevitablemente inquietud, pero precisamente ahí comienza la madurez. La libertad de los hijos de Dios no consiste en disponer de respuestas para todo, sino en aceptar la responsabilidad de caminar sin depender continuamente de apoyos exteriores. La incertidumbre deja de ser una amenaza para convertirse en la condición misma del crecimiento.

Las tentaciones narradas en los Evangelios expresan simbólicamente este conflicto. Convertir las piedras en pan, lanzarse desde el templo esperando una intervención milagrosa o aceptar el dominio de todos los reinos representan distintas formas de buscar seguridades inmediatas. Frente a ellas aparece la decisión de aceptar un camino abierto, sin garantías visibles y sostenido únicamente por la confianza. El verdadero peligro no consiste en el sufrimiento o en el esfuerzo, sino en renunciar a la libertad para refugiarse en una falsa tranquilidad.

El demonio adquiere en este contexto un significado profundamente simbólico. Más que una fuerza autónoma enfrentada a Dios, representa todo aquello que se opone a la plenitud del ser humano. Constituye la sombra de Dios, es decir, aquello que sólo puede existir como ausencia de la luz. Carece de existencia propia y únicamente actúa allí donde el hombre le concede espacio. Su fuerza nunca resulta absoluta. Igual que una sombra desaparece cuando falta el objeto que la produce, también el mal carece de consistencia propia y depende siempre de la decisión libre del hombre.

El mundo simboliza el conjunto de las realidades ya construidas, mientras que la carne representa la condición limitada de la existencia humana. Ambas dimensiones forman parte de la experiencia del hombre y no constituyen un mal en sí mismas. El problema aparece cuando el hombre se identifica completamente con ellas y olvida su apertura hacia una realidad superior. La existencia no puede quedar encerrada en lo ya conseguido porque está llamada continuamente a superarse.

Esta transformación interior queda expresada por el término griego **metanoia**, habitualmente traducido como conversión. Su significado original no se limita al arrepentimiento moral, sino que indica un cambio radical de mentalidad y de manera de ser. Convertirse significa invertir completamente la orientación de la propia existencia, abandonar una forma antigua de comprender la realidad para abrirse a otra nueva. No se trata simplemente de corregir algunos comportamientos, sino de dejar que toda la persona entre en una dimensión diferente de la vida.

La conversión constituye la condición indispensable para todo auténtico progreso humano. La historia de la creación muestra que la realidad nunca permanece estática. La materia dio origen a la vida, la vida hizo posible la inteligencia y la inteligencia continúa orientándose hacia formas nuevas todavía desconocidas. Cada una de estas etapas apareció como una auténtica emergencia imposible de prever desde la situación anterior. Ninguna podía deducirse simplemente de la precedente. La evolución avanza precisamente porque la realidad es capaz de superar continuamente sus propios límites.

El ser humano participa de ese mismo dinamismo. Toda la historia anterior vive concentrada en él. La materia, la vida vegetal, la vida animal y la inteligencia forman parte de la herencia que cada persona recibe al nacer. Sin embargo, esa inmensa riqueza no debe convertirse en un motivo de satisfacción inmóvil. Cuanto mayor es la herencia recibida, mayor es también la responsabilidad de abrir nuevos horizontes. El pasado no invita al descanso, sino que impulsa hacia el futuro.

La parábola de los graneros ilustra esta realidad. El hombre que acumula bienes y decide instalarse definitivamente en ellos rompe el movimiento de la creación. Todo cuanto ha recibido deja entonces de ser una fuerza creadora y se convierte en una carga inmóvil. Los graneros llenos representan la tentación permanente de vivir del pasado. La verdadera fidelidad a la herencia consiste, por el contrario, en vaciar continuamente esos graneros para transformarlos en semilla capaz de producir nueva vida.

La estabilidad absoluta termina convirtiéndose en un pantano. Allí donde desaparecen los desafíos también desaparece el crecimiento. La historia demuestra que las grandes transformaciones de la humanidad nunca nacieron de situaciones completamente cómodas, sino de momentos de dificultad, crisis o cambio profundo. Las glaciaciones, los cambios climáticos o las transformaciones culturales obligaron al hombre a desarrollar nuevas capacidades. Cada dificultad actuó como un estímulo que hizo posible una nueva etapa de la evolución.

Lo mismo ocurre en la vida personal. Las contrariedades no constituyen únicamente obstáculos, sino ocasiones privilegiadas para crecer. El sufrimiento, las pérdidas o la incertidumbre rompen la comodidad de la existencia y obligan al hombre a descubrir recursos que permanecían ocultos. El verdadero enemigo del crecimiento no es la dificultad, sino la tranquilidad que adormece la libertad. La inquietud desempeña así una función creadora porque impide que la vida quede detenida.

La Navidad expresa precisamente esta irrupción de una posibilidad completamente nueva. María aparece como la culminación de toda la historia anterior. En ella converge la herencia de generaciones enteras y, al mismo tiempo, esa herencia se abre a un futuro imposible de imaginar. Isabel resume este misterio al proclamar dichosa a quien ha creído porque en ella se cumplirá la promesa recibida. El pasado alcanza entonces su verdadero sentido al convertirse en el origen de una realidad completamente nueva.

La fe aparece como la actitud que permite realizar esa transformación. Creer no significa aceptar pasivamente unas afirmaciones, sino confiar en que lo imposible puede hacerse posible. Toda la historia de Israel desemboca en ese acto de confianza mediante el cual el hombre deja de encerrarse en los límites de la experiencia anterior y se abre a una plenitud todavía desconocida. La fe convierte el pasado en energía creadora del futuro.

María representa así la imagen del ser humano plenamente abierto a la novedad. Toda la riqueza acumulada por la historia encuentra en ella su culminación precisamente porque no permanece encerrada en el pasado. La maternidad divina simboliza el nacimiento de una humanidad nueva,

capaz de hacer posible aquello que hasta entonces parecía inalcanzable. Lo imposible comienza a realizarse cuando el hombre acepta abandonar la seguridad para responder libremente a la llamada del futuro.

La historia entera puede comprenderse desde esta lógica. Cada generación recibe una inmensa herencia, pero sólo permanece verdaderamente fiel a ella cuando la transforma y la proyecta hacia nuevas posibilidades. La creación continúa avanzando porque cada etapa supera la anterior sin destruirla. El pasado permanece vivo únicamente cuando se convierte en fuerza creadora y deja de ser un simple recuerdo. El hombre está llamado a vivir precisamente en ese movimiento permanente de conversión, donde toda la riqueza recibida se transforma en impulso hacia una plenitud que todavía permanece abierta.

La solución en manos del hombre

El hombre posee una grandeza que normalmente permanece oculta porque su vida no puede entenderse como una realidad aislada. Todo cuanto acontece en el interior de una persona repercute en la humanidad entera y, del mismo modo, toda la experiencia acumulada por la humanidad vive ya en cada individuo. Lo personal y lo universal no son dos dimensiones separadas, sino dos manifestaciones de una misma realidad. Ningún pensamiento, ningún acto de amor, ninguna esperanza ni ningún sufrimiento quedan encerrados exclusivamente en quien los experimenta. Todo forma parte del patrimonio común de la humanidad y continúa actuando silenciosamente en la historia. Cada hombre recibe al nacer la riqueza acumulada por innumerables generaciones y, a la vez, contribuye con su propia vida a construir el futuro de quienes vendrán después. Por eso nadie nace verdaderamente desde cero ni completamente aislado. Toda la humanidad vive en cada persona y cada persona deja una huella permanente en la humanidad.

Esta comprensión obliga a superar una concepción excesivamente individualista de la existencia. La persona no constituye un espacio cerrado donde los acontecimientos quedan confinados sin repercusión exterior. Cada pensamiento generoso, cada deseo sincero de bien o cada acto de amor modifican de alguna manera el mundo entero, aunque esa transformación permanezca normalmente invisible. Del mismo modo, todo aquello que la humanidad ha alcanzado durante siglos forma parte ya de la herencia recibida por cada individuo. El hombre no comienza su vida como un ser primitivo porque recibe desde el primer instante la inteligencia, la cultura, el lenguaje, la experiencia y los descubrimientos acumulados por quienes le precedieron. La historia no desaparece, sino que permanece viva dentro de cada persona.

La fe constituye precisamente el punto donde esta realidad alcanza su máxima intensidad. Creer no significa simplemente aceptar unas determinadas verdades religiosas, sino abrir en el interior del hombre una fuerza creadora capaz de transformar el futuro. La fe no permanece encerrada en sí misma como sucede con la ley. La ley consigue únicamente que se cumpla aquello que ordena y termina en su propio cumplimiento. La fe, por el contrario, actúa como un principio dinámico que hace posibles realidades nuevas. No se limita a conservar el presente, sino que abre continuamente caminos hacia el futuro. Todo cuanto puede llegar a realizarse depende en gran medida de la capacidad del hombre para creer que esa realización es posible.

Por ello la fe nunca constituye un punto de llegada. Es siempre un punto de partida. Creer significa comenzar un camino abierto hacia posibilidades todavía desconocidas. El futuro pertenece a quienes creen porque sólo quien confía es capaz de descubrir horizontes que permanecen ocultos para quien vive encerrado en sus seguridades. Allí donde desaparece la esperanza, también desaparece el futuro. El hombre que renuncia a creer termina encerrándose dentro de los límites de lo ya conocido y convierte lo posible en la única medida de la realidad. La fe rompe precisamente esos límites y permite que aparezcan posibilidades que anteriormente parecían imposibles.

Esta capacidad creadora no debe entenderse como una fuerza mágica ni como una simple ilusión psicológica. La fe modifica realmente la historia porque transforma al hombre que actúa dentro de ella. Todo cuanto una persona llega a creer sinceramente comienza ya a hacerse posible en su interior y, a través de él, en la humanidad entera. La incredulidad, por el contrario, crea vacíos que dificultan el crecimiento futuro. Cada vez que el hombre renuncia a creer en una posibilidad auténticamente humana deja tras de sí un espacio vacío que deberá ser llenado por las generaciones posteriores. La falta de confianza no perjudica únicamente a quien la experimenta, sino que limita también las posibilidades de quienes vendrán después.

La historia avanza precisamente gracias a quienes fueron capaces de creer más allá de las evidencias inmediatas. Toda gran transformación comenzó siendo considerada imposible. Cada descubrimiento científico, cada progreso moral y cada renovación espiritual fueron antes una esperanza sostenida únicamente por la confianza de unas pocas personas. Lo que ayer parecía irrealizable acaba convirtiéndose en patrimonio común cuando alguien se atreve a creer en ello. La fe actúa así como la fuerza interior que permite a la humanidad superar continuamente sus propios límites.

El relato de la adoración de los Magos expresa simbólicamente esta dinámica. El nacimiento de Cristo no representa únicamente un acontecimiento histórico, sino el comienzo de una etapa completamente nueva. Lo primero que se pone en movimiento no son quienes parecían mejor preparados para reconocer al Mesías, sino unos sabios extranjeros que llegan desde Oriente guiados únicamente por una estrella. Aquellos que menos podían esperarse son precisamente quienes descubren primero la novedad. El futuro comienza siempre por caminos inesperados. La verdadera transformación nunca nace únicamente de aquello que el hombre considera razonablemente posible, sino precisamente de lo que parecía más improbable.

Frente a los Magos aparece la figura de Herodes. Representa la seguridad instalada en el pasado, la autoridad que confía únicamente en las estructuras ya conocidas y que necesita

consultar continuamente las antiguas respuestas porque ha perdido la capacidad de reconocer la novedad cuando ésta aparece. Mientras los Magos se ponen en camino guiados por la esperanza, Herodes permanece encerrado en el miedo. El futuro nunca puede construirse desde esa actitud. Por eso, después de encontrar al Niño, los Magos reciben una única indicación decisiva: no volver por el camino de Herodes. Quien ha descubierto la fuerza creadora de la fe ya no puede regresar a las antiguas seguridades que impiden el crecimiento. Volver atrás significa condenar el futuro antes incluso de que pueda comenzar.

Herodes expresa también la tentación permanente de destruir toda esperanza nueva. La matanza de los inocentes simboliza precisamente la eliminación de las posibilidades futuras antes de que lleguen a desarrollarse. Allí donde domina el miedo, toda novedad resulta amenazadora y termina siendo perseguida. La fe actúa exactamente al contrario. Allí donde aparece, protege toda posibilidad de crecimiento y permite que aquello que parecía imposible encuentre espacio para desarrollarse.

Crear implica además descubrir una dimensión mucho más profunda de la propia condición humana. Las grandes decisiones de la vida nunca nacen únicamente del razonamiento científico o de la demostración empírica. El amor, la confianza, la amistad, el compromiso, la esperanza o la entrega pertenecen a un ámbito donde las pruebas resultan siempre insuficientes. Las decisiones verdaderamente importantes exigen un acto previo de confianza. El hombre vive continuamente apoyándose sobre realidades que no puede demostrar plenamente y, sin embargo, constituyen precisamente el fundamento de toda su existencia.

Esta dimensión no disminuye la dignidad de la inteligencia, sino que la sitúa dentro de un horizonte más amplio. La ciencia resulta imprescindible para comprender numerosos aspectos de la realidad, pero no agota todo cuanto pertenece al hombre. Existen territorios donde la demostración deja paso a la confianza y donde la fe aparece como una forma superior de conocimiento. No se trata de creer contra la razón, sino de reconocer que la razón por sí sola no alcanza toda la profundidad de la existencia humana.

Desde esta perspectiva, la fe constituye la capacidad más específicamente humana. Allí donde el hombre cree auténticamente comienza también a crear. Creer y crear aparecen profundamente unidos porque ambos abren el camino hacia aquello que todavía no existe. El hombre transforma el mundo precisamente porque es capaz de anticipar posibilidades nuevas antes de que se conviertan en hechos visibles. La creatividad nace siempre de una esperanza previa. Sin esa confianza inicial ninguna transformación verdadera podría llegar a realizarse.

Esta fuerza creadora actúa también en el interior de cada persona. Allí donde la fe alcanza su madurez, el hombre comienza espontáneamente a sanar, reconciliar, comprender y construir. Los relatos evangélicos sobre la curación de los enfermos, la expulsión de los demonios o la capacidad de hablar nuevas lenguas expresan simbólicamente esta realidad. El hombre que descubre plenamente su dimensión más profunda deja de producir odio, división y desesperanza para convertirse en fuente de reconciliación, de comprensión y de vida. La verdadera humanidad consiste precisamente en esa capacidad de hacer crecer la vida allí donde parecía agotada.

Todo ello conduce a una comprensión mucho más elevada del ser humano. En el interior de cada persona existe un lugar donde la historia puede cambiar de dirección. El hombre no está condenado a repetir indefinidamente los errores del pasado. Lleva dentro de sí una capacidad permanente para inaugurar posibilidades nuevas. Cuando cree, transforma; cuando espera, crea futuro; cuando ama, modifica silenciosamente la historia entera. Ningún acto auténticamente humano queda encerrado dentro de quien lo realiza. Todo se incorpora al patrimonio común de la humanidad y continúa actuando más allá de la propia existencia.

La fe aparece así como la expresión más alta de la libertad humana. No consiste únicamente en aceptar unas verdades, sino en colaborar activamente con el crecimiento de la creación. Cada hombre participa continuamente en esa tarea. Todo cuanto realiza contribuye a hacer más luminoso o más oscuro el camino de quienes vendrán después. La historia no avanza únicamente gracias a los grandes acontecimientos visibles, sino también mediante las innumerables decisiones silenciosas de personas que, creyendo en la posibilidad del bien, hacen posible que el futuro permanezca siempre abierto.

La creación de parto

El sufrimiento, la muerte y la transformación no constituyen accidentes negativos de la existencia, sino el modo mismo en que la creación avanza hacia su plenitud. Toda la creación, toda la historia y cada ser humano viven en un permanente estado de parto. El universo entero gime porque todo cuanto existe está sometido al desgaste del tiempo y a la corrupción, pero ese mismo deterioro contiene ya la esperanza de una vida nueva. El gemido de la creación no expresa una desesperación sin sentido, sino el dolor propio de un nacimiento. La naturaleza, la historia, las culturas y cada persona participan de ese mismo proceso. Lo que parece destrucción constituye, en realidad, el comienzo de una transformación más profunda.

Esta visión aparece formulada por san Pablo cuando afirma que toda la creación gime con dolores de parto esperando ser liberada de la corrupción para alcanzar la libertad de los hijos de Dios. El universo entero experimenta el desgaste producido por el tiempo, pero precisamente ese desgaste hace nacer en su interior una esperanza que impulsa toda la realidad hacia una forma superior de existencia. Lo mismo sucede con el hombre. El sufrimiento que experimenta en su interior no constituye únicamente una limitación, sino la expresión personal de ese parto universal que atraviesa toda la creación. El mundo exterior y la vida interior obedecen a una misma dinámica. Lo que sucede en el cosmos sucede también en el corazón del hombre, porque ambos forman parte de una única realidad.

Desde esta perspectiva, el cuerpo adquiere una importancia decisiva. Durante siglos predominó una interpretación que situaba el centro de la salvación en el alma, considerando el cuerpo como una realidad secundaria destinada únicamente a desaparecer. Sin embargo, la tradición paulina insiste precisamente en lo contrario. Lo que más sufre el paso del tiempo, aquello que parece más frágil y perecedero, es también lo que participa de manera más intensa en este proceso de transformación. El cuerpo gime porque es el lugar donde el tiempo deja más claramente sus huellas, pero precisamente por ello es también el lugar donde el parto resulta más fecundo. No se espera la liberación del cuerpo como abandono de la corporeidad, sino la transformación del propio cuerpo en una realidad plenamente liberada del deterioro.

Esta idea obliga a revisar la clásica separación platónica entre alma y cuerpo. El dualismo tradicional cumplió una función importante para expresar que existe en el hombre una dimensión que trasciende la materia, pero resulta insuficiente para comprender plenamente la unidad de la persona. El hombre no es simplemente un alma encerrada en un cuerpo, sino una única realidad

viviente donde ambas dimensiones forman una unidad inseparable. La progresiva superación de ese esquema no significa negar la existencia de una dimensión espiritual, sino descubrir una comprensión más profunda de la persona humana, capaz de integrar la totalidad de la existencia sin reducirla a dos sustancias independientes. El propio deterioro de la antigua explicación constituye un signo de que está naciendo una comprensión nueva, del mismo modo que toda crisis anuncia un nuevo alumbramiento.

La imagen de la tienda en medio del desierto expresa admirablemente esta condición humana. La existencia terrena nunca constituye una morada definitiva. El hombre vive como quien levanta una tienda cada noche para volver a recogerla al amanecer y continuar el camino. Ninguna situación histórica, ningún éxito, ninguna seguridad ni ninguna estructura pueden convertirse en residencia permanente. Todo permanece sometido al movimiento del tiempo. La tienda termina desgastándose, pero precisamente porque existe ya una morada definitiva preparada en Dios. La vida presente adquiere así el sentido de una peregrinación constante. El hombre no está llamado a instalarse definitivamente en ninguna etapa del camino, sino a continuar avanzando hacia una plenitud que ya existe como destino de toda la creación.

Esta condición peregrina explica el profundo significado del sufrimiento. La reacción espontánea consiste en intentar eliminarlo siempre que sea posible o, cuando no puede evitarse, soportarlo resignadamente. Sin embargo, ninguna de estas actitudes alcanza el verdadero sentido del dolor. El sufrimiento no debe interpretarse únicamente como una desgracia, sino como un camino necesario para el crecimiento. Igual que el parto no puede evitarse si quiere llegar el nacimiento, tampoco el hombre puede alcanzar su plenitud evitando sistemáticamente toda dificultad. Lo importante no consiste en escapar del sufrimiento, sino en darle una salida creadora que permita convertirlo en fuente de vida nueva. El dolor deja entonces de ser un obstáculo para convertirse en un proceso de transformación.

La filosofía oriental ayuda a comprender esta dinámica mediante la idea de que toda realidad vive en tensión permanente entre dos polos. La vida no constituye un punto fijo, sino un movimiento continuo entre dos extremos que nunca permanecen aislados. El hombre no puede definirse plenamente identificándose con uno solo de ellos, porque su verdadera identidad consiste precisamente en el recorrido que realiza entre ambos. La existencia se asemeja a un péndulo que oscila continuamente. Ningún estado permanece para siempre. Toda alegría prepara una nueva dificultad y toda dificultad contiene ya el comienzo de una alegría futura. La realidad no se comprende permaneciendo inmóvil, sino aceptando el movimiento constante que la caracteriza.

Esta tensión aparece reflejada en numerosos pares fundamentales como vida y muerte, sufrimiento y libertad, alegría y dolor, afirmación y negación. No se trata de contrarios absolutos, sino de dimensiones que se reclaman mutuamente. Cuanto más intensamente se vive una de ellas, más comienza a prepararse el paso hacia la otra. El punto de máxima alegría contiene ya el inicio del camino hacia una nueva dificultad, mientras que el sufrimiento más profundo prepara el nacimiento de una alegría desconocida hasta entonces. La existencia nunca permanece detenida porque el movimiento forma parte de su propia naturaleza.

Los Evangelios expresan constantemente esta estructura dinámica. El que pierde su vida la encuentra; el primero será el último; el grano de trigo debe morir para dar fruto; la mujer sufre al dar a luz, pero olvida el dolor cuando nace el hijo. Estas afirmaciones no constituyen simples paradojas morales, sino la expresión de una ley profunda de la realidad. La vida sólo alcanza su plenitud atravesando aquello que aparentemente la contradice. La muerte no destruye la vida, sino que la lleva hasta su cumplimiento. El sufrimiento no niega la alegría, sino que la prepara. La pérdida no anula la plenitud, sino que abre el camino para alcanzarla.

Desde esta perspectiva cambia también el significado de la crisis. Habitualmente se entiende como una situación negativa que conviene superar cuanto antes. Sin embargo, toda crisis posee dos dimensiones inseparables. Es al mismo tiempo un desafío y una oportunidad. El ataque que parece poner en peligro una forma de vida obliga también a descubrir posibilidades nuevas que permanecían ocultas. Las culturas, las personas y las instituciones sólo crecen cuando aceptan atravesar esos momentos de transformación. Allí donde se rechaza el desafío se pierde también la oportunidad que llevaba consigo. El sufrimiento sólo destruye cuando se vive como un callejón sin salida; cuando se acepta como parto se convierte en el origen de una realidad nueva.

La historia confirma continuamente esta ley. Los grandes cambios de la humanidad nacen precisamente cuando una forma de civilización parece agotarse. El final del mundo romano permitió que nuevos pueblos asumieran su herencia y la proyectaran hacia el futuro. Lo que parecía una ruina irreversible terminó convirtiéndose en el comienzo de una nueva etapa histórica. La desaparición de una forma nunca significa necesariamente destrucción, sino transformación. Cada final auténtico lleva oculto un nuevo principio.

Lo mismo sucede en la vida de cada persona. Ninguna pérdida constituye un simple vacío. Cada despedida permite descubrir aspectos de la realidad que permanecían invisibles mientras se poseían. Sólo al alejarse del origen el hombre comprende verdaderamente su valor. La nostalgia no representa únicamente tristeza, sino también revelación. Despedirse significa descubrir. La distancia permite contemplar con una profundidad nueva aquello que antes se daba por

supuesto. Por eso el camino hacia el futuro no destruye el pasado, sino que lo ilumina de una manera completamente distinta.

La muerte adquiere así un significado radicalmente nuevo. No representa el fracaso de la vida, sino el momento culminante de ese parto permanente que acompaña toda la existencia. El cuerpo visible termina agotando sus posibilidades porque ya no puede contener la plenitud hacia la que la persona ha ido creciendo. Lo que se entierra no constituye la totalidad del hombre, sino únicamente la última expresión parcial de una realidad mucho más amplia. El verdadero cuerpo alcanza entonces su plenitud definitiva como resultado de todo el camino recorrido. La muerte no añade algo extraño a la vida, sino que lleva a cumplimiento aquello que la vida venía preparando desde el principio.

Toda la creación puede contemplarse, por tanto, como un inmenso proceso de alumbramiento. Nada de cuanto sucede carece de sentido. El tiempo desgasta, pero también hace madurar. El sufrimiento hiere, pero también engendra. La muerte pone fin a una forma de existencia para abrir otra más plena. La historia nunca permanece inmóvil porque toda realidad está llamada a superar continuamente sus propios límites. El hombre participa conscientemente en ese movimiento universal y descubre que el verdadero sentido de la vida no consiste en conservar indefinidamente lo que posee, sino en dejarse transformar sin cesar por ese proceso creador que conduce a toda la creación hacia su plenitud definitiva.

De que Dios hablamos

El conocimiento de Dios constituye siempre una tarea abierta e inacabada porque Dios no puede ser reducido a ningún concepto, definición o imagen elaborada por el hombre. Todo intento de hablar de Dios resulta necesariamente limitado y provisional. El primer paso para acercarse a Él no consiste en acumular afirmaciones, sino en reconocer la propia ignorancia y aceptar que el misterio divino desborda cualquier formulación humana. Esta actitud queda simbolizada en la experiencia de Moisés ante la zarza ardiente. Antes de acercarse a Dios recibe una única orden: descalzarse. Quitarse las sandalias significa desprenderse de todas las ideas preconcebidas, de los esquemas heredados y de las imágenes construidas a lo largo de la historia. Sólo quien acepta renunciar a sus seguridades intelectuales puede comenzar verdaderamente el camino hacia Dios. La teología comienza, por tanto, con una purificación de los conceptos. Antes de afirmar quién es Dios resulta necesario eliminar todo aquello que impide reconocerlo. Se trata de recorrer la llamada vía negativa: descubrir, uno tras otro, los falsos rostros de Dios que el hombre ha ido fabricando para poder abrirse finalmente al Dios verdadero.

Esta necesidad de purificación nace del hecho de que el hombre lleva en su interior una inmensa herencia religiosa acumulada durante milenios. Mucho antes de la revelación cristiana, la humanidad ya había construido innumerables representaciones de lo divino. Esas imágenes permanecen vivas en la memoria colectiva y condicionan todavía hoy la manera de pensar y de creer. El cristianismo apenas representa una pequeña parte de esa larga historia religiosa y, por ello, el creyente continúa arrastrando muchos elementos propios de la religiosidad pagana. No basta con llamarse cristiano para haber abandonado esas antiguas concepciones. Muy al contrario, con frecuencia se mezclan inconscientemente el Dios revelado por Cristo y los dioses creados por la imaginación humana. La tarea del creyente consiste precisamente en distinguir ambos niveles y dejar que el Evangelio vaya desmontando progresivamente todas las imágenes idolátricas que permanecen ocultas en su interior.

El error más frecuente consiste en atribuir a Dios características tomadas de la experiencia humana. Se habla de Dios como si fuera un juez que recompensa a los buenos y castiga a los malos, un soberano todopoderoso que interviene arbitrariamente en el mundo o una autoridad que distribuye premios y castigos según el comportamiento de cada persona. Estas imágenes proceden de antiguas formas religiosas, pero no expresan el verdadero rostro de Dios. Si Dios actuara simplemente como un juez humano, la realidad sería muy distinta de la que experimentamos. Sin embargo, la historia demuestra continuamente que el sufrimiento no recae

únicamente sobre los culpables ni la prosperidad acompaña siempre a los justos. Ya los salmos expresaban este desconcierto al preguntarse por qué prosperan los malvados mientras los inocentes padecen tantas dificultades. El problema no está en la realidad, sino en el concepto de Dios desde el que se intenta interpretarla.

La idea de un Dios juez también necesita ser profundamente revisada. El amor perfecto, afirma la tradición cristiana, expulsa todo temor. Si la relación con Dios está dominada por el miedo al juicio, significa que todavía no ha alcanzado la madurez del amor. El verdadero juicio no consiste en un tribunal exterior donde Dios condena o absuelve arbitrariamente, sino en la respuesta que cada persona da libremente al amor recibido. Quien ama ya participa de la vida de Dios y encuentra en ese mismo amor el criterio último de su existencia. El juicio no aparece entonces como una amenaza futura, sino como una realidad que comienza ya en la vida presente. Dios no necesita convertirse en acusador del hombre porque es el propio hombre quien va configurando libremente su destino mediante la aceptación o el rechazo del amor.

Lo mismo sucede con la idea tradicional del infierno. La revelación cristiana no presenta el infierno como una creación querida por Dios para castigar eternamente a los hombres. Dios crea únicamente la salvación. Si existe la condenación, nace exclusivamente del rechazo humano al amor. El cielo constituye la plenitud preparada por Dios; el infierno representa la consecuencia de una libertad que se cierra definitivamente sobre sí misma. Por eso no existe una simetría entre ambos. El cielo pertenece plenamente a la iniciativa divina; el infierno, si puede hablarse de él, pertenece únicamente a la negativa del hombre. Muchas de las imágenes populares sobre la condenación eterna proceden más de elaboraciones culturales posteriores que del propio Evangelio. La predicación cristiana incorporó durante siglos representaciones literarias que terminaron ocupando el lugar de la revelación. El creyente necesita distinguir cuidadosamente entre esas imágenes y el auténtico mensaje evangélico para no construir su relación con Dios sobre el miedo, sino sobre la confianza.

La revelación de Cristo supone precisamente la destrucción de todos esos falsos conceptos religiosos. Jesús no encuentra oposición entre los pecadores, los enfermos o los marginados, sino en quienes estaban convencidos de poseer un conocimiento absoluto sobre Dios. El conflicto decisivo no nace del pecado, sino de la idolatría religiosa. Cristo cuestiona radicalmente una religión que había terminado sustituyendo a Dios por un sistema de normas, seguridades y estructuras jurídicas. Allí donde la religión deja de conducir al hombre hacia el amor y comienza a proteger únicamente sus propias instituciones, deja de transparentar el verdadero rostro de Dios. Por eso la conversión exigida por Jesús consiste ante todo en un cambio profundo de

mentalidad. No basta con modificar algunos comportamientos; es necesario transformar la propia imagen de Dios.

Cuando la comunidad creyente conserva un concepto pagano de Dios, toda su vida termina deformándose. La Iglesia deja de ser una comunidad de amor para convertirse en una organización puramente jurídica; el ministerio se transforma en una casta separada; los sacramentos corren el riesgo de reducirse a simples ritos mecánicos; la teología se convierte en una construcción abstracta desligada de la vida y el arte religioso pierde su fuerza creadora para transformarse en mera repetición formal. Todas estas deformaciones tienen un mismo origen: una imagen de Dios que ya no coincide con la revelada por Cristo. La verdadera renovación eclesial no comienza modificando únicamente las instituciones, sino dejando que cambie el corazón de quienes las forman. Las estructuras reflejan siempre la calidad espiritual de las personas que las sostienen.

Esta purificación permite comprender mejor la auténtica autonomía del hombre. Con frecuencia se ha pensado que cuanto más presente está Dios menos libre resulta el ser humano. Sin embargo, ocurre exactamente lo contrario. Dios no elimina ninguno de los rasgos auténticamente humanos. No destruye la libertad, la inteligencia, la creatividad, la duda, el esfuerzo ni siquiera la posibilidad de equivocarse. Dios no sustituye al hombre, sino que hace posible que llegue a ser plenamente hombre. Cristo revela simultáneamente quién es Dios y quién es el hombre porque ambas realidades aparecen inseparablemente unidas. Cuanto más se acerca el hombre al verdadero Dios, más plenamente descubre también su propia humanidad.

Esta relación puede comprenderse mediante la diferencia entre el amor que busca poseer y el amor que consiste en darse. El hombre comienza necesitando recibir continuamente para poder vivir. Toda su existencia depende de aquello que recibe de los demás y del mundo. Sin embargo, alcanza su verdadera plenitud cuando descubre que la realización personal no consiste en seguir acumulando, sino en entregarse. El paso del recibir al darse marca el crecimiento auténtico de la persona. La tradición cristiana identifica precisamente esta capacidad de darse con la esencia misma de Dios. Dios no necesita recibir porque su ser consiste enteramente en donarse. Dios es amor en cuanto entrega permanente de sí mismo. Cuanto más aprende el hombre a vivir de ese modo, más participa de la vida divina y más plenamente realiza su propia humanidad.

Desde esta perspectiva desaparece la oposición entre Dios y el hombre. Dios no compite con la libertad humana ni limita su desarrollo. Todo lo contrario: cuanto más se manifiesta Dios, más libre, más creador y más plenamente humano llega a ser el hombre. Cristo revela que la

verdadera divinización del hombre no consiste en escapar de su condición humana, sino en llevarla hasta su máxima plenitud mediante el amor. Dios no viene a destruir lo humano, sino a llevarlo a su cumplimiento. La libertad, el pensamiento, la creatividad, la responsabilidad y la búsqueda forman parte del camino querido por Dios. Incluso la duda y la ignorancia pertenecen al proceso normal del crecimiento humano. Cristo mismo recorre ese camino aprendiendo, preguntando y madurando históricamente. Dios no juega con ventaja sobre el hombre; acompaña desde dentro su desarrollo y comparte plenamente la condición humana.

Por ello la fe no puede reducirse a aceptar una serie de conceptos correctos acerca de Dios. Creer significa dejarse transformar continuamente por el Dios que se entrega y abandonar todas las imágenes que impiden reconocerlo. La verdadera idolatría no consiste únicamente en adorar falsos dioses exteriores, sino en fabricar un Dios a la medida de los propios miedos, intereses o necesidades. El camino espiritual exige destruir constantemente esos ídolos para permitir que aparezca el Dios vivo revelado por Cristo. Sólo entonces el hombre descubre que el centro de la vida cristiana no consiste en hablar de Dios, sino en vivir de Él. Dios no es, ante todo, un objeto de conocimiento, sino una presencia que transforma la existencia desde dentro. En la medida en que el hombre se desprende de sus falsas seguridades y aprende a vivir desde el amor, comienza realmente a conocer a Dios, porque sólo el amor hace posible entrar en el misterio de Aquel que es, en sí mismo, donación infinita.

De Dios no conocemos el ser

El cristianismo exige una conversión mucho más profunda de lo que habitualmente se piensa. Antes incluso de cambiar la conducta o las costumbres, el hombre está llamado a transformar la imagen de Dios que lleva en su interior. Buena parte de las dificultades religiosas nacen precisamente de haber identificado a Dios con las representaciones que la humanidad ha ido construyendo a lo largo de su historia. Cuando el sufrimiento, la injusticia o la muerte irrumpen en la vida, esas imágenes entran inevitablemente en crisis. El hombre se pregunta por qué Dios permite determinadas desgracias, por qué no interviene para impedir el mal o por qué parecen sufrir los inocentes. Todas estas preguntas parten de un presupuesto oculto: que el hombre ya sabe cómo debería actuar Dios. Sin embargo, la revelación cristiana obliga precisamente a abandonar esa seguridad. El verdadero problema no consiste en comprender las acciones de Dios, sino en reconocer que muchas veces aquello que el hombre juzga como Dios no es más que un ídolo construido a su propia medida. La primera conversión consiste, por tanto, en pasar de los dioses fabricados por el hombre al Dios revelado por Jesucristo.

Toda la historia religiosa de la humanidad puede interpretarse como un inmenso esfuerzo por buscar a Dios. Desde los primeros pueblos hasta las grandes religiones, el hombre ha sentido una necesidad constante de trascender sus propios límites y de proyectar hacia el infinito aquello que experimenta de manera limitada en sí mismo. El deseo de inmortalidad, de justicia perfecta, de plenitud o de poder absoluto ha dado origen a innumerables divinidades. Este esfuerzo no debe despreciarse porque manifiesta una aspiración profundamente humana. El hombre inventa dioses precisamente porque lleva dentro una sed de infinito que ninguna realidad limitada consigue satisfacer. Sin embargo, ese proceso permanece siempre incompleto. Los dioses creados por la imaginación humana continúan siendo proyecciones del propio hombre y, por ello, no alcanzan a expresar el verdadero misterio de Dios. La revelación cristiana no consiste en perfeccionar esas imágenes, sino en romperlas para abrir paso a una realidad completamente nueva.

Jesucristo realiza precisamente esa tarea. No se limita a corregir algunos aspectos de las antiguas representaciones religiosas, sino que las desmonta desde su raíz. Los dioses contruidos por el hombre desaparecen para dejar lugar al único Dios verdadero. No se trata de conservar el mismo concepto sustituyendo simplemente un nombre por otro. Cristo no presenta un nuevo dios con los mismos atributos que los anteriores, sino una manera completamente distinta de comprender a Dios. Por eso el cristianismo comienza con una auténtica purificación

interior. El creyente debe vaciarse de las imágenes heredadas para dejarse sorprender por la revelación que llega en Cristo. Sólo cuando desaparecen los falsos dioses puede comenzar a conocerse el verdadero rostro del Padre.

La gran novedad consiste en que Dios ya no aparece como una realidad exterior al hombre, sino como un Padre íntimamente unido a él. El término Abbá expresa una cercanía desconocida en la historia religiosa anterior. Dios no permanece distante ni separado de la existencia humana. El hombre pertenece verdaderamente a su familia, participa de su vida y está llamado a heredar cuanto Dios posee. Esta filiación no constituye una simple metáfora afectiva, sino la expresión de una realidad profunda: el hombre lleva inscrita en lo más íntimo de su ser una participación en la vida de Dios. Por ello toda la existencia humana adquiere una dignidad completamente nueva. Descubrir a Dios significa al mismo tiempo descubrir quién es realmente el hombre.

La revelación de Dios no se produce mediante definiciones abstractas ni mediante una lista de atributos divinos. Dios decide manifestarse en una vida humana concreta: la de Jesucristo. La existencia entera de Jesús se convierte en el lugar donde Dios puede ser contemplado. No son únicamente sus enseñanzas o sus milagros los que revelan al Padre, sino toda su vida. El nacimiento, el crecimiento, el trabajo, las relaciones personales, la amistad, el sufrimiento, la soledad, la muerte y la resurrección forman parte de esa revelación. Dios habla a través de una biografía humana. Por ello no es posible conocer a Dios al margen del hombre. Quien contempla verdaderamente la humanidad de Cristo descubre progresivamente el rostro del Padre.

Esta afirmación tiene una consecuencia decisiva. Dios no elimina ninguno de los rasgos auténticamente humanos de Jesús. La divinidad no sustituye ni corrige su condición humana. Cristo experimenta el hambre, el cansancio, la incertidumbre, la incompreensión, el miedo, la tristeza y el abandono. Aprende, busca, pregunta y recorre el mismo camino de crecimiento que cualquier hombre. Su humanidad no constituye una apariencia destinada únicamente a ocultar una omnipotencia permanente. Es una humanidad verdadera, limitada y vulnerable. Precisamente en esa limitación se manifiesta Dios. La revelación no aparece únicamente en los momentos extraordinarios de la vida de Jesús, sino también, y quizá sobre todo, en su debilidad.

Los Evangelios presentan repetidamente a Jesús enfrentado a la tentación de utilizar el poder divino para evitar el sufrimiento o imponer su autoridad. Convertir las piedras en pan, lanzarse desde el templo esperando la intervención de los ángeles o dominar todos los reinos del mundo representan distintas formas de ejercer una divinidad entendida como poder absoluto. Jesús rechaza constantemente esa posibilidad porque Dios no quiere revelarse mediante el dominio, sino mediante la entrega. Tampoco en Getsemaní desaparece el miedo humano. Jesús

experimenta una angustia auténtica ante la muerte y pide que, si es posible, pase de él aquel cáliz. Sin embargo, el Padre no elimina ese sufrimiento. La revelación de Dios acontece precisamente dentro de esa experiencia profundamente humana.

La cruz constituye la culminación de este camino. A los ojos de quienes contemplan la escena parece el fracaso definitivo de Jesús. Incluso los dirigentes religiosos lo desafían exigiéndole que descienda de la cruz si realmente es el Hijo de Dios. Sin embargo, precisamente allí donde todo parece negar la presencia divina, Dios se revela con mayor profundidad. La omnipotencia divina no consiste en evitar el sufrimiento, sino en transformar el sufrimiento mediante el amor. La cruz destruye definitivamente la imagen de un Dios que interviene siempre para impedir el dolor o para proteger milagrosamente a los suyos. Dios permanece presente incluso cuando el hombre experimenta el abandono, la oscuridad y el silencio.

Esta comprensión modifica también el concepto de religión. Durante siglos la religión se entendió principalmente como el conjunto de actos mediante los cuales el hombre rendía culto a Dios. Sin embargo, el cristianismo desplaza el centro de gravedad hacia la relación con el prójimo. No existe verdadero conocimiento de Dios al margen del amor al hombre. La auténtica religión consiste en cuidar de los más débiles, acompañar a quienes sufren y vivir con limpieza de corazón. Toda relación con Dios pasa necesariamente por la relación con los demás. La dignidad humana se convierte así en el lugar privilegiado donde Dios quiere ser reconocido. Despreciar al hombre significa oscurecer la presencia de Dios.

Por ello toda auténtica antropología posee una dimensión teológica y toda verdadera teología conduce inevitablemente hacia el hombre. Dios y el hombre dejan de aparecer como realidades enfrentadas. Cuanto más profundamente descubre el hombre su propia humanidad, más se aproxima a Dios. Del mismo modo, cuanto más auténticamente conoce a Dios, más plenamente comprende la dignidad de la persona humana. La encarnación manifiesta que Dios ha querido identificarse con la condición humana hasta el extremo de hacer de ella el lugar privilegiado de su presencia.

Esta perspectiva permite comprender también el origen del ateísmo contemporáneo. Con frecuencia el rechazo de Dios no nace de la negación del verdadero Dios, sino del rechazo de imágenes religiosas deformadas que presentan a Dios como enemigo de la libertad, juez implacable o explicación simplista del sufrimiento. Cuando la religión degrada al hombre o lo utiliza como instrumento de poder, prepara inevitablemente el camino del ateísmo. Allí donde la dignidad humana es destruida también desaparece progresivamente el sentido de Dios. Por el

contrario, toda promoción auténtica del hombre constituye al mismo tiempo una manifestación del Dios revelado por Cristo.

El cristianismo no propone, por tanto, una huida del mundo ni una espiritualidad desligada de la existencia concreta. Dios se revela en la historia, en la fragilidad humana, en las relaciones personales y en el crecimiento cotidiano. El hombre descubre a Dios precisamente recorriendo con sinceridad su propio camino humano. La fe no consiste en escapar de la condición humana, sino en vivirla plenamente sabiendo que en ella se manifiesta el misterio de Dios. La verdadera conversión consiste en abandonar todas las falsas imágenes religiosas para aprender a reconocer la presencia del Padre allí donde Cristo la reveló definitivamente: en la vida del hombre, especialmente en su debilidad, en su capacidad de amar y en su entrega a los demás.

Dios que se da es Amor

El amor constituye la realidad más profunda del universo y el principio que sostiene toda la creación. Sin embargo, el lenguaje corriente utiliza una única palabra para designar dos movimientos radicalmente distintos. Por una parte existe el amor entendido como deseo de recibir, apropiarse y satisfacer las propias necesidades; por otra, el amor concebido como entrega, donación y comunicación de la propia vida. La tradición griega distinguía claramente ambos significados mediante los términos 'eros' y 'ágape'. El primero expresa la tendencia del hombre a atraer hacia sí cuanto encuentra, convirtiéndose en un centro que absorbe y consume la realidad exterior. El segundo representa el movimiento contrario: la persona que comprende su existencia como una fuente destinada a derramarse sobre los demás. Mientras el eros busca poseer, el ágape busca darse. Sólo este último expresa plenamente el verdadero significado del amor y constituye la forma de existencia propia de Dios y el horizonte hacia el que está llamado el ser humano.

La creación entera vive inmersa en una realidad mucho más amplia que la materia visible. Durante siglos la cultura occidental ha identificado lo real con aquello que puede verse, tocarse o medirse, relegando todo lo espiritual al terreno de la sospecha o de la simple opinión. Sin embargo, esta identificación constituye una grave reducción de la realidad. El mundo material representa únicamente el nivel más visible de una realidad infinitamente más extensa, formada por fuerzas, relaciones y dimensiones espirituales que sostienen y hacen posible cuanto existe. Lo invisible no es menos real que lo visible; por el contrario, constituye su fundamento más profundo. La materia aparece así como la expresión última de una realidad mucho más rica que la trasciende continuamente. Negar ese mundo invisible significa empobrecer radicalmente la comprensión del hombre y del universo.

Cada persona vive constantemente sumergida en ese ámbito espiritual, aunque normalmente no sea consciente de ello. Ningún encuentro humano resulta indiferente. Todo pensamiento, toda intención y toda actitud generan una influencia que trasciende los gestos visibles. El hombre no comunica únicamente mediante palabras o acciones materiales; comunica también a través de la disposición interior con la que se acerca a los demás. Cada encuentro transmite inevitablemente bendición o destrucción, apertura o rechazo, paz o violencia. La vida humana está atravesada por un intercambio continuo de energías espirituales que configuran silenciosamente las relaciones entre las personas y contribuyen a transformar el mundo mucho más profundamente de lo que aparentan los hechos exteriores.

Esta perspectiva modifica radicalmente la comprensión de la historia. Los grandes problemas de la humanidad no se resuelven exclusivamente mediante acuerdos políticos, avances técnicos o reformas jurídicas. La paz auténtica no nace simplemente de la firma de tratados, sino de la transformación interior de quienes los firman. Ninguna estructura puede producir por sí sola aquello que no existe previamente en el corazón del hombre. Cuando la violencia, el egoísmo o el deseo de dominio permanecen intactos, las instituciones terminan reflejando inevitablemente esas mismas actitudes. El verdadero origen de la historia se encuentra siempre en el interior de las personas. Lo visible manifiesta únicamente aquello que antes ha sido gestado en el ámbito invisible de las decisiones, las intenciones y los deseos.

El amor constituye precisamente la ley fundamental de ese universo invisible. Toda la realidad procede de un Dios que no existe para sí mismo, sino que vive eternamente entregándose. Dios no puede comprenderse como un poder inmóvil o aislado, sino como una fuente inagotable de donación. Todo cuanto existe nace de ese movimiento permanente de comunicación. La creación misma constituye un acto de amor por el que Dios comparte gratuitamente su propia riqueza. El universo entero participa de esa dinámica de entrega y tiende espontáneamente hacia la comunión. Cuando el hombre vive conforme a esa corriente profunda, encuentra su verdadero lugar en la realidad; cuando se opone a ella mediante el egoísmo, entra en conflicto con la estructura misma del universo.

La tradición cristiana denomina gracia a la presencia de ese amor divino actuando dentro del hombre. La gracia no constituye una ayuda exterior ni un simple favor concedido ocasionalmente por Dios, sino el mismo Dios entregándose e inhabitando la persona. Allí donde el hombre se abre a esta presencia, comienza a participar ya de la vida eterna. La gracia representa, por tanto, el inicio de la plenitud futura. Lo que un día será la gloria definitiva está ya presente de manera inicial en la existencia del creyente. No se trata de dos realidades distintas, sino de la misma vida divina vivida en condiciones diferentes. La gloria es la gracia plenamente realizada; la gracia es la gloria todavía vivida en medio de las limitaciones de la historia.

Esta comprensión permite interpretar toda la vida cristiana como un proceso de crecimiento de la eternidad dentro del tiempo. La vida eterna no comienza únicamente después de la muerte. Empieza ya cuando Dios habita el corazón del hombre y transforma progresivamente su manera de pensar, de amar y de actuar. La historia se convierte así en el lugar donde la eternidad comienza silenciosamente a abrirse camino. Cada acto de amor auténtico constituye una anticipación de la gloria futura porque participa ya de la misma realidad que alcanzará su plenitud definitiva más allá de la muerte.

Sin embargo, esta presencia de Dios se desarrolla todavía en condiciones de destierro. El hombre continúa viviendo dentro de una existencia marcada por el sufrimiento, la fragilidad y el egoísmo. Por eso la gracia permanece parcialmente oculta. La gloria ya está presente, pero todavía no puede manifestarse plenamente porque continúa envuelta por las limitaciones propias de la condición humana. Esta tensión explica por qué la vida creyente sigue conociendo el dolor, la incertidumbre y el combate interior. La presencia de Dios no elimina automáticamente todas las dificultades, sino que las transforma desde dentro y las orienta hacia una plenitud futura.

El principal obstáculo para este proceso es el egoísmo, entendido como la tendencia permanente a convertir la propia existencia en un centro que únicamente busca conservarse y alimentarse a sí mismo. El instinto de supervivencia, necesario para la vida biológica, puede extenderse también al ámbito espiritual hasta convertir toda la existencia en un esfuerzo continuo por salvarse uno mismo. Cuando esto ocurre, incluso la religión corre el riesgo de deformarse. La preocupación exclusiva por la propia salvación termina sustituyendo el dinamismo del amor por una búsqueda ansiosa de seguridad personal. El hombre deja entonces de vivir desde la entrega para encerrarse nuevamente en la lógica del eros.

Esta deformación aparece representada en el fariseísmo. Más que una actitud histórica limitada a un grupo concreto, constituye una tentación permanente de toda experiencia religiosa. El fariseísmo nace cuando la alianza con Dios se transforma en un sistema de normas cuya finalidad principal consiste en garantizar la propia seguridad espiritual. La ley, originalmente concebida como camino hacia la vida, acaba convirtiéndose en un mecanismo de autojustificación. El creyente deja de confiar en el amor gratuito de Dios y comienza a apoyarse en el cumplimiento escrupuloso de las obligaciones religiosas. La seguridad sustituye a la confianza y la pertenencia al propio grupo religioso acaba prevaleciendo sobre la apertura universal del amor.

Jesús denunció con especial fuerza esta actitud porque contradice el núcleo mismo del Evangelio. El Reino de Dios no puede edificarse desde la obsesión por salvarse individualmente ni desde la superioridad moral frente a los demás. La verdadera relación con Dios nace siempre del amor que se entrega gratuitamente. El creyente no está llamado a defender privilegios religiosos ni a levantar fronteras frente a quienes piensan de manera distinta, sino a participar en la corriente universal de amor que Dios derrama continuamente sobre toda la creación. Allí donde desaparece la entrega y surge el deseo de proteger únicamente la propia seguridad, comienza a oscurecerse el auténtico rostro de Dios.

La fe cristiana invita, por tanto, a descubrir que la realidad más profunda del universo no está constituida por la materia ni por las relaciones de poder, sino por una corriente inagotable de amor que sostiene toda la existencia. El hombre participa plenamente de esa realidad cuando abandona progresivamente el egoísmo y aprende a vivir desde la lógica del don. Cada gesto de entrega, cada acto de reconciliación y cada actitud de acogida permiten que la gracia crezca ya dentro de la historia y preparen la manifestación definitiva de la gloria. La vida humana alcanza así su verdadero sentido al convertirse en participación consciente en ese movimiento eterno de amor por el que Dios se comunica continuamente al mundo y hace posible que toda la creación avance hacia su plenitud.

La vivencia de Dios

La resurrección de Cristo no constituye únicamente un acontecimiento del pasado, sino una realidad permanente que ilumina el sentido de toda la existencia humana. Comprenderla exige superar una visión puramente histórica para descubrir que la Pascua acontece en el centro mismo de la realidad y continúa actuando en cada generación. La palabra griega *anástasis*, utilizada por el Nuevo Testamento para designar la resurrección, significa literalmente «levantarse» o «despertar». Esta expresión ofrece una clave decisiva para comprender la vida humana. Vivir no consiste en un lento caminar hacia la muerte, sino en un despertar continuo. Desde el nacimiento hasta el último instante de la existencia, el hombre está llamado a abrir progresivamente los ojos, a descubrir con mayor profundidad la realidad y a alcanzar una conciencia cada vez más plena. Morir no representa el final de ese proceso, sino el despertar definitivo. Toda la vida aparece así como una preparación para esa plenitud donde el hombre verá finalmente la realidad tal como es.

Este despertar nunca se realiza en soledad. La resurrección sólo puede comprenderse desde la comunidad creyente. La Iglesia no debe identificarse simplemente con una institución o con su jerarquía, sino con la comunidad reunida por el amor de Cristo. Allí donde existe un amor verdadero, allí comienza ya la Iglesia. La jerarquía posee una función de servicio y de gobierno, pero no constituye por sí misma la esencia de la comunidad cristiana. El verdadero fundamento de la Iglesia es el amor compartido, la presencia del Espíritu y la comunión entre quienes buscan sinceramente a Dios. Por ello una persona que vive plenamente el amor participa más profundamente del misterio de la Iglesia que quien ocupa una posición de autoridad sin responder interiormente a esa llamada. La Pascua sólo puede ser entendida desde una comunidad que vive ese amor y que experimenta en su propia historia la presencia del Resucitado.

La transmisión de esta verdad no puede reducirse a conceptos abstractos. Las grandes realidades de la fe necesitan expresarse mediante relatos porque únicamente la historia permite mostrar el despliegue completo de una verdad. Un principio formulado racionalmente permanece inmóvil; un relato, en cambio, permite contemplar cómo una realidad crece, madura y revela progresivamente todo lo que contiene. Del mismo modo que una semilla sólo manifiesta plenamente su identidad cuando el tiempo la convierte en un árbol, también la verdad de Cristo sólo puede comprenderse siguiendo el desarrollo de su historia y la historia de quienes continúan su vida. Por ello los Evangelios no ofrecen tratados teológicos, sino narraciones. En

ellas la vida de Jesús se convierte en el lugar donde se revela el sentido profundo de la existencia humana y donde la comunidad creyente aprende a interpretar su propia experiencia.

La resurrección no pertenece simplemente a un instante del pasado situado cronológicamente después de la muerte de Jesús. Constituye el centro permanente de la historia, el punto desde el cual toda la existencia humana recibe su significado. No se trata de un hecho encerrado en un momento concreto del tiempo, sino de una realidad que permanece presente para todas las generaciones. Desde ese centro la resurrección alcanza por igual a quienes vivieron antes de Cristo, a quienes convivieron con Él y a quienes nacen siglos después. Por ello los discípulos no estaban más cerca del Resucitado que cualquier creyente de hoy. La distancia no es temporal, sino espiritual. La Pascua pertenece a una dimensión donde el tiempo deja de separar y donde toda la historia aparece unificada en la presencia de Dios.

Esta perspectiva explica también el antiguo símbolo según el cual Cristo descendió a los infiernos. No significa que descendiera al lugar de la condenación, sino que penetró hasta las profundidades mismas de la condición humana. Alcanzó el centro del sufrimiento, del dolor, del pecado y de la muerte para llenarlos con su presencia salvadora. Ninguna realidad humana quedó fuera del alcance de su amor. Allí donde existe una herida, una angustia o una oscuridad, allí ha llegado ya Cristo para abrir un camino de redención. Descender a los infiernos significa, por tanto, llevar la fuerza de la vida hasta el núcleo más profundo de la existencia, allí donde el hombre experimenta con mayor intensidad sus límites.

Los relatos pascuales deben entenderse desde esta perspectiva simbólica y existencial. Las mujeres que acuden al sepulcro representan a quienes buscan sinceramente al Señor con el corazón abierto. Llegan al amanecer llevando perfumes preparados con el trabajo y la fidelidad de la vida cotidiana. Encuentran el sepulcro vacío y experimentan desconcierto. La primera reacción ante la presencia de Dios no consiste en poseer respuestas definitivas, sino en descubrir preguntas nuevas. El misterio nunca elimina la búsqueda; al contrario, la intensifica. Allí donde Dios se hace presente nacen interrogantes más profundos y el hombre comprende que sus antiguas seguridades ya no bastan para explicar la realidad.

El anuncio de los mensajeros resulta decisivo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Con esta pregunta se denuncia la tentación permanente de buscar la vida en aquello que pertenece ya al pasado, en las seguridades, en las estructuras inmóviles o en una comprensión puramente material de la existencia. El Resucitado no puede encontrarse permaneciendo encerrado en una visión limitada del mundo. La verdadera vida se descubre cuando el hombre

aprende a mirar más allá de lo inmediatamente visible y comprende que la realidad está abierta a una dimensión eterna que la sostiene desde dentro.

Los Evangelios insisten también en que el encuentro con el Resucitado tiene lugar en Galilea. Este dato posee un profundo significado espiritual. Galilea representa la vida ordinaria, el trabajo diario, el esfuerzo silencioso y la fidelidad a las tareas sencillas. No es necesario abandonar la existencia cotidiana para encontrar a Cristo; es precisamente en ella donde Él espera al creyente. El verdadero lugar de la Pascua no son los acontecimientos extraordinarios, sino la vida vivida con amor, responsabilidad y entrega. Allí donde una persona realiza con fidelidad su misión, por humilde que parezca, allí comienza ya a manifestarse la fuerza de la resurrección.

Resulta igualmente significativo que los primeros testigos sean mujeres. En una cultura donde su palabra apenas tenía valor jurídico, los Evangelios las presentan como las primeras destinatarias del anuncio pascual. Con ello subrayan que el acceso al misterio de Dios no depende del poder, del prestigio o del conocimiento intelectual, sino de la capacidad de amar y de acoger. La intuición del corazón precede muchas veces al razonamiento. La comunidad creyente sólo puede comprender plenamente la resurrección cuando integra esa dimensión receptiva, contemplativa y amorosa que las mujeres simbolizan en los relatos evangélicos.

La vida cristiana aparece así como una existencia vivida permanentemente en el «domingo», entendido no simplemente como un día de la semana, sino como la dimensión propia del Resucitado. El creyente está llamado a vivir desde ahora la realidad de la Pascua, despertando continuamente, creciendo en amor y llevando a Dios el fruto de su trabajo cotidiano. La historia no camina hacia un final vacío, sino hacia la plenitud inaugurada por Cristo. Cada acto de fidelidad, cada gesto de amor y cada paso dado en medio de la vida ordinaria participan ya de esa resurrección que transforma silenciosamente el mundo. La Pascua deja entonces de ser un recuerdo para convertirse en la experiencia permanente de una humanidad que despierta progresivamente a la plenitud de la vida en Dios.

El espectáculo de la creación y de la historia

El destino último del hombre y de toda la creación no consiste en la desaparición del mundo, sino en su plena liberación. Todo el recorrido realizado a lo largo de la historia encuentra aquí su culminación: la conversión, el descubrimiento del verdadero rostro de Dios, la experiencia de su presencia y el crecimiento del amor desembocan finalmente en la resurrección, entendida no como un final estático, sino como una apertura inagotable hacia la plenitud. La resurrección no cierra la historia, sino que la introduce en una dimensión donde la vida continúa expandiéndose sin límite. Del mismo modo que el universo sigue desplegándose desde el instante originario de su nacimiento, también la existencia humana, una vez alcanzada la resurrección, permanece abierta a un crecimiento sin término. La eternidad no representa una inmovilidad perfecta, sino una plenitud siempre nueva, una apertura constante hacia la infinitud de Dios.

Esta comprensión obliga a abandonar la idea de la resurrección como un acontecimiento exclusivamente futuro. La salvación no comienza únicamente después de la muerte, sino que está presente desde el mismo origen de la existencia. La creación, la encarnación y la resurrección no constituyen tres momentos independientes, sino tres dimensiones inseparables de un mismo proyecto divino. Dios crea porque quiere conducir toda la realidad hacia su plenitud definitiva. Desde el instante en que el hombre comienza a existir, la fuerza de la resurrección está ya actuando en su interior. Toda la creación avanza impulsada por ese dinamismo que la orienta hacia una vida más plena. La historia no camina hacia un final incierto, sino que lleva desde su comienzo inscrita la promesa de su transformación definitiva.

La resurrección constituye el centro oculto desde el que toda la realidad adquiere sentido. Los acontecimientos visibles se suceden, nacen y desaparecen continuamente, pero ninguno de ellos explica por sí mismo la existencia. La verdadera realidad no se encuentra en la superficie de los hechos, sino en la profundidad que los sostiene. El hombre suele identificar la realidad con aquello que perciben los sentidos, olvidando que todo cuanto aparece remite a un fundamento invisible mucho más profundo. Igual que una rueda sólo puede mantenerse gracias al eje que permanece oculto en su centro, también la historia necesita un núcleo invisible que la sostenga y le otorgue significado. Ese centro es la resurrección. Desde él se comprende la totalidad del camino humano y de la creación entera.

La ciencia contemporánea ofrece imágenes sugerentes para expresar esta intuición. El universo visible no agota toda la realidad. Detrás de aquello que la física puede describir permanecen

abiertas preguntas fundamentales sobre el origen y el fundamento de cuanto existe. Allí donde termina la explicación puramente material comienza de nuevo la búsqueda del sentido. El misterio no aparece como una ausencia de conocimiento, sino como el horizonte que sostiene toda posibilidad de conocer. Lo visible remite constantemente a una profundidad invisible que lo hace posible. La fe no contradice este proceso, sino que invita a descubrir en él la presencia creadora de Dios.

Desde esta perspectiva cambia también la comprensión del tiempo. La historia no es una sucesión de acontecimientos destinados a desaparecer, sino el espacio donde la eternidad comienza ya a manifestarse. Cada instante posee una profundidad que supera infinitamente su apariencia exterior. La verdadera historia no transcurre únicamente en los hechos visibles, sino en aquello que esos hechos van construyendo silenciosamente en el interior del hombre y de la creación. El tiempo adquiere así una dignidad nueva: deja de ser el camino hacia la destrucción para convertirse en el proceso mediante el cual la eternidad va penetrando progresivamente en el mundo.

La resurrección actúa ya en la vida presente mediante el amor. Todo aquello que el hombre realiza desde la entrega, la gratuidad y la comunión pertenece ya a la vida definitiva. Por el contrario, cuanto nace del egoísmo, de la indiferencia o de la falta de amor permanece encerrado en lo pasajero. La resurrección no comienza cuando el hombre muere, sino cuando aprende a vivir desde el amor. Cada gesto auténtico de entrega hace crecer en él la vida eterna. Morir significa únicamente que esa vida, ya presente, alcanza una plenitud que el tiempo ya no puede contener. La muerte no inicia la resurrección, sino que permite que desborde definitivamente todo cuanto había ido madurando durante la existencia terrena.

Por ello el cristianismo no consiste principalmente en cumplir normas ni en desarrollar una actividad religiosa exterior, sino en adoptar un nuevo estilo de vida. La novedad cristiana no radica en hacer más cosas, sino en vivirlas desde una lógica completamente distinta. El hombre nuevo no organiza su existencia alrededor del poder, del éxito o de la utilidad inmediata, sino alrededor del amor, la libertad, la alegría y la esperanza. Este estilo no necesita imponerse mediante programas o estrategias. Igual que la luz ilumina simplemente por ser luz, quien vive verdaderamente desde la resurrección transforma cuanto le rodea por el solo hecho de existir. Su vida se convierte espontáneamente en una invitación para que otros descubran la misma esperanza.

La creación entera participa también de este movimiento. Toda la naturaleza avanza silenciosamente hacia su liberación. Nada de cuanto existe ha sido creado para desaparecer

definitivamente. Todo se encuentra orientado hacia una plenitud que todavía no ha alcanzado. La historia universal puede contemplarse como un inmenso proceso de maduración donde la creación va desprendiéndose poco a poco de sus limitaciones para abrirse a la vida definitiva. Los hombres que viven ya desde la lógica de la resurrección constituyen los primeros signos visibles de esa liberación futura. En ellos comienza a hacerse presente el destino último de toda la creación.

Esta visión transforma también la comprensión de la Iglesia. Su verdadera identidad no consiste únicamente en su dimensión visible o institucional, sino en ser el lugar donde la eternidad comienza ya a irrumpir en la historia. La Iglesia auténtica es la comunidad donde la vida nueva inaugurada por Cristo se hace presente y donde el Reino de Dios empieza a crecer silenciosamente en medio del mundo. Sus limitaciones humanas no agotan su misterio. La realidad visible sólo manifiesta imperfectamente una profundidad mucho mayor que permanece escondida y que únicamente puede comprenderse desde la fe.

La vida cristiana adquiere así una enorme responsabilidad. Cada creyente está llamado a convertirse en signo vivo de esa resurrección que ya actúa en el mundo. No se trata únicamente de anunciar doctrinas, sino de vivir de tal manera que la esperanza, la libertad y el amor resulten visibles en la propia existencia. Allí donde un hombre ama de verdad, allí comienza ya la nueva creación. El cristiano no anuncia únicamente una promesa futura, sino una realidad que ya está creciendo en el interior de la historia y que se hace presente cada vez que una persona vive desde la lógica del Evangelio.

La plenitud definitiva sólo puede expresarse mediante imágenes tomadas de las experiencias humanas más profundas. La alegría desinteresada, el juego vivido con libertad, el enamoramiento, la belleza contemplada sin deseo de posesión o la felicidad que brota inesperadamente ofrecen una débil anticipación de aquello hacia lo que camina el hombre. La eternidad no puede describirse adecuadamente con categorías de esfuerzo, recompensa o productividad. Se parece mucho más a una fiesta, a un canto, a una alegría sin finalidad exterior, donde la existencia encuentra por fin descanso en sí misma. Lo definitivo no será un premio añadido desde fuera, sino el pleno desarrollo de aquella vida que ya comenzó a crecer en el interior del hombre desde el momento en que aprendió a amar.

Toda la historia aparece así iluminada por una inmensa esperanza. Nada de cuanto ha sido vivido con amor se pierde. Ningún sufrimiento aceptado, ninguna entrega generosa ni ningún gesto de verdadera comunión desaparecen con el paso del tiempo. Todo queda incorporado a esa corriente de vida que avanza hacia la plenitud definitiva. La creación entera, la humanidad y cada

persona participan de un mismo movimiento de liberación cuyo origen está en Dios y cuya meta es la comunión plena con Él. El universo entero camina hacia esa Pascua definitiva donde toda la realidad alcanzará finalmente la libertad para la que fue creada y donde el hombre descubrirá que, desde el principio de su existencia, la resurrección había estado creciendo silenciosamente en su interior.